

Serie 8, Caja 10

PALABRAS DEL DOCTOR ARTURO MORALES CARRION EN LA  
VIGESIMA SEGUNDA CONVENCION ANUAL DE LA ASOCIACION  
VOCACIONAL AMERICANA CAPITULO DE PUERTO RICO.

MARZO 29, 1957

Departamento de Estado  
San Juan, Puerto Rico

Palabras del Doctor Arturo Morales Carrión en la  
Vigesima Segunda Convención Anual de la Asociación  
Vocacional Americana Capítulo de Puerto Rico  
Marzo 29, 1957

Señoras y señores:

Uno mi felicitación sincera en esta mañana a la de tantos otros puertorriqueños que aplauden y admiran las realizaciones del Programa de Instrucción Vocacional de nuestro Departamento de Instrucción Pública, al cumplir este programa su primer cuarto de siglo de existencia. El orgullo no es tan sólo de ustedes; ni siquiera del gremio educativo. Es de todo el pueblo de Puerto Rico, que se reconoce de cuerpo entero en este magnífico fruto de acción colectiva.

Han sido muchos los propiciadores de esta abundante cosecha. Mencionar la lista de los que ayer y hoy, en este primer cuarto de siglo del programa, en el escalafón administrativo y docente, han dado pensamiento y esfuerzo a el mismo sería acto de necesaria justicia. No es esa, desde luego, mi tarea en esta ocasión. Pero no puedo menos que rendir mi tributo personal de admiración y agradecimiento a un ciudadano que desde nuestro más alto cargo educativo dió por ocho años a esta obra orientación, ímpetu, calor humano, y fe y esperanza en su rápido crecimiento y su ingente labor de servicio al pueblo de Puerto Rico. Me refiero a ese hombre modesto, sencillo y afable, a ese administrador de extraordinaria valía, a ese educador de profundas convicciones y riquísima experiencia, a ese servidor público capaz de sacrificios personales ejemplares, mayores aún que su infatigable vocación de trabajar para su pueblo, a ese puertorriqueño de carta cabal, Mariano Villaronga.

Aquí ahora le saludan, no mis palabras ni las de ustedes, amigos del Capítulo de Puerto Rico de la Asociación Vocacional Americana, sino los testimonios significativos de la obra útil que alentó durante su gestión de gobierno.

El crecimiento del programa de educación vocacional en Puerto Rico durante los últimos ocho años ha sido sencillamente asombroso. El programa de oficios, por ejemplo, aumentó de cerca de 3,500 alumnos en el año 1947-48 a más de 23,000 en el año de 1955-56, un aumento de más de 75%. Miles y miles de jóvenes puertorriqueños de ambos sexos han encontrado en la instrucción vocacional el conocimiento diestro para abrir su horizonte económico y dar al progreso del país, más firme base de capacitación y esfuerzo.

La complejidad de la faena industrial que había comenzado en Puerto Rico exigía este ejército cívico de buena gente joven con brazo preparado y vocación al trabajo sistemático y fecundo. Exigía cuidadosa planificación, articulación de programas, coordinación entre diversas agencias del gobierno y un espíritu de equipo en los dirigentes, maestros y discípulos. El estado puertorriqueño estaba dispuesto con su proverbial entusiasmo por la educación, a facilitar cuantos recursos pudiera dentro de su marco de prioridades públicas. Contaba también con el apoyo sustancial y generoso del gobierno de los Estados Unidos, interesado como el nuestro en las altas finalidades del programa. Pero la cuestión no era tan sólo el que hubiese generosos recursos fiscales para hacer la obra, sino cómo utilizarlos para su más eficaz y económico rendimiento.

El progreso de la instrucción vocacional en estos años, no sólo lo medimos en estadísticas y en el número de sus grandes planteles diseminados en el país; tenemos también que medirlo en la satisfacción psicológica para nuestra gente joven de que hay posibilidad de cultivar la habilidad y el talento en oficios que cada vez adquieren mayor importancia en nuestro orden social. Ese progreso es un ejemplo emocionante para todo Puerto Rico. Es un ejemplo de fondos públicos usados con certera visión educativa. Y para ello tenemos el testimonio que aquí nos ha ofrecido el Dr. Pearson, Sub comisionado de Educación Vocacional de Washington. Es un ejemplo de buen gobierno y buena democracia.

No quiero detenerme en mayores reflexiones sobre la significación interna de estos programas. Hay otro aspecto de los mismos hacia el que prefiero desviar ahora la atención de ustedes. Me refiero a la significación internacional que van cobrando, a la aportación que ya ofrecen al prestigio de Puerto Rico en América y al buen nombre de los Estados Unidos en sus relaciones con otros pueblos.

Quizás sería oportuno el situar estas observaciones dentro del amplio marco de nuestros programas de intercambio internacional. El gobierno de Puerto Rico ha iniciado, desde 1950 como es de general conocimiento, unos programas en cooperación con el gobierno de los Estados Unidos, que ha convertido a nuestra isla en centro de adiestramiento técnico y de reuniones culturales, al cual concurren ya más de mil visitantes al año. ¿Qué significan estos programas? ¿Cómo benefician a nuestro pueblo? Trataré de contestar estas preguntas.

Recordemos lo que ha sido nuestra isla hasta tiempo reciente en la vida internacional; una isla olvidada, desconocida, marginal; víctima de calumnias y de tergiversaciones; una especie de cenicienta en la comunidad de los pueblos que dan perfil a América. En las relaciones entre los Estados Unidos y los países de la América Latina, fuimos por largo tiempo un nervio neurálgico. Para unos y otros, Puerto Rico resultaba un tema embarazoso en momentos de amistad, y hueso de discordia y fuente de ataques y recriminaciones, cuando la relación no era cordial.

Toda esa situación ha comenzado a cambiar de manera drástica. Ha cambiado porque hemos cambiado nosotros en nuestra relación política con los Estados Unidos, en los fundamentos de nuestra vida institucional democrática, en las bases de nuestro desarrollo económico y social y en los resortes psicológicos que mueven a nuestra personalidad de pueblo. Si en Puerto Rico hemos transformado

dramáticamente nuestro paisaje natural y social, no es menos real el cambio en nuestro paisaje moral, en la imagen colectiva que nos hemos forjado.

Esta imagen colectiva hay que presentarla al mundo. El puertorriqueño tiene el deber y el deseo de que se le conozca por lo que es y lo que hace, no por caricaturas, hijas de la ignorancia cuando no de la mala fe. Tiene el deber, asimismo, de dar de su experiencia a otros, pero también de aprender de la experiencia ajena. Tiene, en suma, el deber de codearse con otros pueblos, de conocerlos e intercambiar con ellos preocupaciones, ideas, técnicas, modos de resolver los graves problemas que en casi todas partes plantean la pobreza, la enfermedad y la ignorancia. En esto se sirve a sí mismo, sirve a los Estados Unidos, cuya ciudadanía ostenta con orgullo, y sirve a la causa trascendente de la solidaridad humana.

Los programas que hemos comenzado a desarrollar en Puerto Rico se fundan, pues, en nuestra experiencia de pueblo. Y buscan enriquecerla con abundancia de relaciones. Estos programas nos han comenzado a dar un nombre y un prestigio. Ya los advierten y elogian los altos funcionarios del Gobierno de los Estados Unidos; ya lo comentan prominentes figuras en el Congreso; ya toma nota de ellos la mejor prensa del Norte. Pero además interesan a los organismos internacionales y en creciente medida, a los gobiernos extranjeros. Un distinguido escritor ecuatoriano, Benjamín Carrión, refirióse, hace poco a Puerto Rico como "la plaza pública de América." Y permítaseme añadir ahora que además de plaza pública para la discusión libre, entre hombres libres, Puerto Rico es también en modesta medida fragua de América.

Fragua de Puerto Rico y fragua del Caribe y América son ya, por ejemplo, nuestras escuelas de instrucción vocacional. A ellas concurren un nutrido grupo de jóvenes extranjeros mediante nuestros programas de Cooperación Técnica. Cuando en el 1952, suscribió nuestro gobierno un convenio con la Administración

de Cooperación Internacional de los Estados Unidos, entonces conocida bajo el nombre de Administración de Operaciones Extranjeras, el gobierno federal se interesó en que desarrollásemos aquí un programa especial para los países que sirve la Comisión del Caribe y solicitó que le diéramos preferencia a la instrucción vocacional, de la que están tan necesitados esos pueblos vecinos. En los últimos años, este ramo de la educación en Puerto Rico ha sido centro de estudio y observación para 400 becarios y visitantes de la región del Caribe, así como para cerca de otros 100 más procedentes de la América Latina y aún del Africa y del Cercano y Lejano Oriente. Han compartido ellos con nuestros muchachos, en la camaradería del aula y el taller, la experiencia del aprendizaje y aún más, la inquietud de este pueblo por levantarse sobre sus propios pies, con su sudor, su trabajo y su esperanza. Lo que han visto ellos como primer recurso del puertorriqueño, no es el oro veteando en el monte, ni el hierro ni el carbón formando cerros, ni el petróleo multiplicado en centenares de pozos; no, sino el brazo diestro respondiendo a la inteligencia despierta y al espíritu de infatigable superación.

La cooperación técnica no es sólo intercambio de destrezas; es en el más elevado plano humano la realización del viejo ideal de ayuda mutua. "Todo lo sabemos entre todos", reza un antiguo refrán andaluz. Y hoy en nuestras comunidades complejas, como ayer en nuestras sociedades más sencillas, el conocimiento que dignifique en su aspecto material y espiritual la vida del hombre, necesita de la comunicación franca, de la obra en común, del esfuerzo que ate voluntariamente a los grupos humanos en tarea creadora, por encima de toda diferencia étnica, económica y cultural.

En estos momentos vienen, en creciente afluencia a Puerto Rico, amigos de casi todos los países del mundo, - algunos de ellos están presentes aquí a estudiarnos, a aprender de nosotros y a enseñarnos. Dentro de poco rebasaremos la cifra de 4,000 visitantes de más de 100 países desde que comenzaron estos

programas. No halague esto nuestra vanidad. No promueva nuestra autosuficiencia.

Veamos más bien en cada joven que aquí estudie, en cada visitante maduro que nos observe, un lazo de viva relación humana con las aspiraciones y luchas de otros pueblos. Lo que nuestro pueblo tiene ante nada que ofrecerles es su curiosa simpatía y su sencilla hospitalidad. Y algo de su contagioso entusiasmo y de su campechanía democrática en el trabajo diario.

Permítame que con el fin de aclarar mejor mi pensamiento, me refiera a un caso relacionado con otra empresa educativa que alentó Mariano Villaronga, y que me hizo sentir la honda satisfacción de ser un puertorriqueño de esta hora y de este tiempo. En octubre de 1955, recibimos una carta de la Oficina de Educación del gobierno federal sobre la visita a Puerto Rico de un grupo de doce educadores filipinos, interesados en la enseñanza del inglés y que seguían un curso de intenso adiestramiento en los Estados Unidos. El alto funcionario federal informaba que "Por razón del buen programa sobre la enseñanza del inglés que se desarrolla en Puerto Rico, tenemos especial interés en que estos educadores visiten Puerto Rico durante la última fase de su programa de seis meses de adiestramiento." Nuestros Departamentos de Estado e Instrucción, trabajando armónicamente, prepararon los programas de los visitantes. A comienzos de 1956, estuvieron los filipinos dos semanas con nosotros estudiando ampliamente nuestros programas sobre la enseñanza del inglés en su aspecto teórico y práctico. Visitaron varias escuelas, Hablaron con los maestros, con los niños, con los padres y con los funcionarios municipales, y luego regresaron a los Estados Unidos y de ahí a su país.

Pedí a Wáshington que nos informasen sobre las impresiones de este grupo. Y un día el Subdirector del Servicio Educativo Internacional del Departamento de Estado de los Estados Unidos, el señor Howard Russell, me escribió una larga carta, tras de haber analizado los informes de los doce educadores extranjeros.

"Los filipinos--escribía el Sr. Russell--estaban muy agradecidos por la recepción cordial y la hospitalidad que se les brindó dondequiera que fueron. Como estos educadores tenían primordial interés en la enseñanza del inglés como lengua extraña, todos regresaron muy impresionados del desarrollo de esta materia en Puerto Rico. Un educador informó que la enseñanza del inglés como segunda lengua en el Estado Libre Asociado constituía un extenso programa que abarcaba la isla entera y al cual brindaba entusiasta apoyo la administración. En opinión de otro, no hay programa sobre la enseñanza de una segunda lengua, mejor planeado, dirigido y llevado a cabo que el de Puerto Rico. En cada escuela, que visitaron los educadores, ya fuera en Río Piedras o en Caguas, comentaron sobre la excelencia de la instrucción. Comentaron con entusiasmo sobre el dominio, por parte del maestro puertorriqueño, de las técnicas para el uso eficaz de medios visuales y el éxito en conseguir buena reacción del alumno."

"En las distintas comunidades que los filipinos visitaron informaron que la escuela y los funcionarios municipales parecían constituir "una familia feliz" en la que todo el mundo se llamaba por su nombre de pila. Esta relación armoniosa la consideraron los filipinos como influencia benéfica para los niños y la comunidad..."

"Como resultado de este experimento..." terminaba su carta el Sr. Russell-- "estoy convencido de que Puerto Rico ha de desempeñar un papel cada vez más importante al brindar oportunidades adicionales a los educadores extranjeros bajo el Programa de Fomento de Maestros de este Departamento de Estado." Hasta aquí la carta del Sr. Russell.

Todos convendrán conmigo en que el generoso elogio filipino fué en cierta medida hijo de su entusiasmo por Puerto Rico. Pero aparte del profundo efecto que causó nuestro programa de enseñanza del inglés en este grupo de especialistas

que acababan de terminar en los Estados Unidos un intenso adiestramiento sobre la materia, hay, además, como factores intangibles en este relato, la buena voluntad, el sentido hospitalario, la sencillez del puertorriqueño, acaso una honda disposición ancestral de no reconocer extranjería entre los seres humanos. No se habla de un pueblo en esta forma, no se le destacan sus virtudes, si ese pueblo no ha sabido dar en el trato con otros su corazón.

Hago votos porque esta fragua de buena voluntad- que es la instrucción vocacional en Puerto Rico - de buena voluntad y gran esfuerzo, forje durante su próximo cuarto de siglo hombres diestros para el país y también para todos los otros pueblos que como el nuestro siguen resueltos la estrella de su esperanza.

---

(Reproducido por la Oficina de  
Información del Departamento de  
Estado de Puerto Rico, San Juan,  
Puerto Rico)